

**SOLEMNE Y PLADOSO QUINARIO
AL SANTÍSIMO CRISTO DE LA
VERA+CRUZ**

ALBAIDA DEL ALJARAFE – 14 AL 18 DE FEBRERO DE 2024

**HOMILÍAS DEL RVDO. P. D.
IGNACIO DEL REY MOLINA, PBRO.**



+

SOLEMNE QUINARIO AL STMO. CRISTO DE LA VERA+CRUZ
ALBAIDA DEL ALJARAFE – FEBRERO 2024

Primer día

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Fervorosa, Ilustre, Seráfica y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Nuestra Madre y Señora de la Piedad. Hermanos todos en el Señor.

Con mucha alegría me pongo, queridos hermanos, ante vosotros o, mejor dicho, entre vosotros, para intentar adentrarnos en una nueva Cuaresma. Y digo intentar porque los días siempre llegan a nosotros pero nosotros no siempre llegamos a los días. Nadie llama a una puerta sabiendo de antemano que no hay nadie en la casa, ¿verdad? No hay llamada que no requiera de una respuesta. La llamada ha llegado, y nosotros nos situamos en la disposición de responder.

Volvemos, un año más, a este lugar, a esta vista imponente, a este olor, a este ambiente, a este momento, a estos sonidos... todo tan familiar, y al mismo tiempo, todo nuevo.

¿Qué me voy a encontrar? Esa es la pregunta más común que podemos hacernos cuando visitamos un sitio que no conocemos, cuando vamos a vivir una experiencia por primera vez, cuando nos acercamos a lo desconocido y nos abrimos a la posibilidad misteriosa pero llamativa de dejarnos sorprender. ¿Cómo será, qué habrá, quién habrá, cómo me sentiré, qué me voy a encontrar?

Pero seguramente pensemos que ese no es nuestro caso. Que para nosotros todas esas preguntas ya vienen respondidas de casa al comenzar un



nuevo Quinario. Ya sabemos a dónde venimos, suponemos qué vamos a ver (candelabro más, candelabro menos), qué vamos a vivir, quizás a quienes vamos a encontrarnos, incluso lo que vamos a escuchar. Y venir con todas las incógnitas resueltas, o creyéndome eso, con todas las preguntas respondidas, o creyéndome eso, con todos los interrogantes revelados, o creyéndome eso... asfixia la posibilidad de encontrar algo nuevo, de no venir "a lo de siempre", de no hacer "lo de siempre". Yo os invito, queridos hermanos, a daros la oportunidad a vosotros mismos de dejaros sorprender. De que éste no sea "uno más". De dejar vuestras preguntas sin contestar para ir rebuscando las respuestas durante estos días poco a poco. Que no seamos nosotros los que pasemos de puntillas una vez más por el Quinario, sino que sea, al fin, el Quinario, el que pase por nosotros. Que no se convierta el Quinario en una hoja arrancada del calendario, en una tradición hueca cumplida, no seamos tan simples, no nos conformemos con tan poco, demos un paso más. No lo hagas por nadie, ni por el Señor, ni por los que te rodean, ni por los que no están, por nadie... hazlo por ti. Regálate una experiencia nueva.

Yo te lanzo la propuesta de iniciar un Quinario distinto, de lanzarte a la aventura de algo diferente, pero tú tienes la última palabra. Solo tú, en tu libertad, en el silencio de tu corazón, decides si quieres ser en este Quinario un peregrino, o un turista.

Esa es la primera pregunta que hoy os lanzo en este primer día, ¿vengo como un turista o como un peregrino? ¿Deambulo sin rumbo fijo a un horizonte o tengo claro dónde voy y a donde me dirijo? ¿Estoy de visita o en camino? Puede que nunca nos lo hayamos preguntado. Muchos de vosotros habréis hecho alguna vez, o muchas veces, alguna peregrinación, a una ermita, a Santiago, al Rocío...y todas ellas tienen un punto en común: la meta. Una peregrinación nos conduce a una meta. Concreta, específica. Tiene un origen y un destino. Yo quisiera preguntarte esta tarde cuál es tu meta en la vida... ¿la



ancianidad? ¿la muerte? ¿la riqueza? ¿el famoso bienestar? ¿o algo más? ¿a qué aspiras?

¿Nos levantamos cada día con la decisión, el coraje y la esperanza de buscar la meta y caminar hacia ella o nos levantamos con la resignación de pasear por este mundo sin destino de un lado para otro sin un fin? ¿Qué eres? ¿Turista o peregrino? ¿Un cristiano que sabe que de Dios viene y a Dios va? ¿O un vagabundo incrédulo que prefiere no preguntarse por su horizonte y vaga obsesionado con el hoy por si el mañana no llega? ¿Llenamos los años de vida o la vida de años?

Si nos decidimos con valentía y sin miedos a ser peregrinos en este Quinario, y a encontrar en Él un camino a recorrer, nos veremos inmersos en una experiencia dura pero apasionante, donde la recompensa no será comparable al sacrificio. Habrá partes llanas y cuestas arriba, habrá tramos anchos y espaciosos para andar juntos, y habrá partes estrechas donde tengamos que ir solos. Repechos áridos que parece que no acaban, y si acabarán, y lo mismo acaba en un valle donde rescatar el sosiego del alma que quizás perdimos... En algún momento nos podremos sentir despistados, desubicados, cansados, y le daremos vueltas al plano sin encontrarle sentido al mapa y no veremos por ningún lado la salida. Pero al final, antes o después, siempre caeremos en la cuenta de que solo en su cruz está nuestra orientación, y que en el fondo de sus ojos siempre estamos a tiempo de redirigir al camino. Cuando se asome la tentación del cansancio y nos flaqueen las fuerzas, o aparezca la seductora oferta de tirar la toalla y querer convertirme en un turista que solo quiera andar en escaleras mecánicas y sobre alfombras, para, frena... te acabarás dando cuenta de que las heridas que te hiciste con las piedras y los troncos con los que tropezaste te hicieron más fuerte. El turista se asombra con los maravillosos monumentos construidos por los hombres, pero nada que ver con el asombro del peregrino que se deja sorprender por la creación construida por Dios. En el camino te entrará hambre y sed, por eso el Señor te ha puesto



un sitio en su Mesa, dichosos nosotros, que cansados y agobiados, hemos sido un sitio en su Mesa, dichosos nosotros, que cansados y agobiados, hemos sido invitados a la Cena del Señor para compartir el Pan del Cordero que quita el pecado del mundo.

Un turista siempre lleva un paraguas por si acaso, para no mojarse y que todo le resbale...los peregrinos no, los peregrinos nos mojamos, y nada nos resbala, nos basta con un bastón de madera, de madera como la Cruz, para apoyarnos cuando nos fallen las piernas. El turista es un espectador de lo que contempla, el peregrino es un testigo de lo que vive.

El turista compra su comodidad, el peregrino regala su sacrificio. El turista exige, el peregrino agradece. El turista lo lleva todo incluido, pero el peregrino lleva incluido el Todo.

Un nuevo Quinario, una nueva oportunidad. Estamos como siempre, pero también como nunca, y a la puerta de comenzar el camino, en este primer día, la decisión es tuya: turista o peregrino. Y solo tú decides.

Yo os propongo para estos días fijar los ojos en el Señor. Vivimos inmersos en una sociedad que se empeña en ir más deprisa que nuestra propia capacidad para asumir los acontecimientos. Sin darnos cuenta, vivimos permanentemente inmersos en duelos espirituales, en combates que solamente podemos librar en dos campos: o con Cristo o contra Él. Por eso cada día voy a proponeros brevemente una batalla, en la que debemos luchar para que la victoria sea del Señor, solo del Señor.

En este primer día, te invito a contemplar en tu propia vida la batalla campal que cada día se disputan la soberbia y la confianza. Detrás de esas puertas hay un mundo que se obstina en imponernos la idea de que el hombre se basta por sí mismo en la búsqueda de la felicidad, un mundo que nos obliga a creer que nosotros tenemos las riendas de nuestra vida, la capacidad de controlarlo todo, de abarcarlo todo sin mendigar la ayuda de nadie. No está bien visto evidenciar la debilidad de no abarcarlo todo.



La fe es precisamente experimentar las flaquezas de nuestras limitaciones, abrazar nuestra endeblez, entender que solamente se puede vislumbrar la sobrecogedora grandeza de Dios desde nuestra insignificante pequeñez humana. No nos valemos solos, y no pasa nada. Que no te engañen, que no te ahogue la imposición de una autosuficiencia opresiva y agotadora. No nos dejemos arrastrar por frases hechas que solo nos sumergen en una insufrible frustración... “Tú puedes con todo”, dicen ahí fuera. “Querer es poder”, “el que la sigue la consigue”...y no es verdad. “Todo es posible en esta vida” y no es cierto. Dejemos de autoconvencernos de que el voluntarismo, el endiosamiento de nuestros méritos, el enaltecimiento del ego individualista y atroz es suficiente para ser feliz y alcanzarlo todo, porque lejos de ser real, eso solo nos invita a pasar a un constante fracaso tan cruel que poco a poco va paralizando una por una las esperanzas que ponemos, equivocadamente, en nosotros mismos.

Los cristianos, hermanos, tenemos que asumir con urgencia nuestra precisa y preciosa dependencia de Dios, somos mendigos de su misericordia, de su perdón, de su ternura...y eso no nos hace más débiles, todo lo contrario. Gustar nuestra insignificancia robustece los cimientos de nuestra vida. Sentirnos sedientos de su amor infinito nos hace contar con las mejores armas para vencer esa batalla contra la soberbia engreída que insiste en poner nuestro nombre en el epicentro de nuestra vida. Y ÉL, en silencio, sigiloso, detrás, paciente, a la espera de que nos desprendamos definitivamente de la vanidad altiva y seductora que se cuela por las grietas de nuestra miseria, que solo busca desplazar del centro a Aquel una y otra vez, perdona nuestra arrogancia con su amor infinito. Esta batalla la jugamos solos, hagamos que nuestro orgullo caiga definitivamente al vacío de la derrota, para que el Señor pueda alzarse con la victoria que tanto ansía de nuestra confianza. Perdidos en sus ojos, abandonados en sus manos, entregados al puerto seguro de su santa voluntad.



FERVOROSA, ILUSTRE, SERÁFICA Y ANTIGUA HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS
DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA VERA+CRUZ Y NUESTRA MADRE Y SEÑORA DE LA PIEDAD.



Así gana Él, así ganamos nosotros, solo así podrá hospedarse definitivamente nuestro corazón a la vera de su Cruz.

Que así sea.

Ignacio del Rey Molina, Pbro.



+

SOLEMNE QUINARIO AL STMO. CRISTO DE LA VERA+CRUZ
ALBAIDA DEL ALJARAFE – FEBRERO 2024

Segundo día

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Fervorosa, Ilustre, Seráfica y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Nuestra Madre y Señora de la Piedad. Hermanos todos en el Señor.

Ayer arrancábamos nuestro Quinario abriendo nuestro corazón a la posibilidad de dejar al Señor remover nuestra vida. Os proponía contemplar cada uno de estos días una batalla espiritual de las que se disputan en lo más íntimo de cada uno de nosotros. Y os animaba a luchar, con todas nuestras fuerzas, para que la victoria de cada una de esas contiendas sea siempre, siempre del Señor. Solamente su victoria, será la nuestra.

Ayer nos situábamos en el pulso que diariamente luchan la soberbia y la confianza, la autosuficiencia y el abandono a la voluntad del Señor. Hoy, queridos hermanos, os propongo ser valientes y hacer frente al duelo que en nuestra vida se riñen la libertad y la esclavitud.

Seguramente, no haya hoy en nuestro vocabulario una palabra más pervertida, más depravada y más ninguneada que la de “libertad”. En su nombre, tristemente, se están constantemente cometiendo los mayores atentados contra lo que su mismo concepto representa. En nombre de la libertad la sociedad involuciona, el ser humano pierde su dignidad, las relaciones se convierten en ataduras tóxicas y posesivas donde el control lleva las riendas, en nombre de la libertad hemos entregado nuestras opiniones y nuestros



pensamientos para que otros nos los fabriquen y nos los devuelvan precocinados. En nombre de la libertad nos han robado el criterio, el tiempo y el espacio. En nombre de la libertad tú decides lo que quieres ser hipotecando tu felicidad a un impulso sin contrastar, a un arrebató sin madurar o a un deseo transitorio que luego te sacudirá en frustraciones. En nombre de la libertad algunos ganaron el pulso a la justicia y otros perdieron sin moverse la inocencia. En el cementerio de la libertad se esconden más de cien mil niños abortados al año en nuestro país que no tuvieron la oportunidad de ver la luz, mientras robar un huevo de avestruz se pena hoy con tres años de cárcel porque ese corazón sí late, ¿quién es el animal?. En la trinchera de la libertad se esconden los corazones que en el atardecer de sus vidas se deciden a culminarla porque esta sociedad desarrollada y próspera les ha hecho sentir que son un desecho, mientras son el hecho mismo de que hasta el último suspiro, cuidado con amor, vale la pena. La libertad se ha convertido en el disfraz de la esclavitud de quienes cada mañana tienen que levantar una imagen de plástico que esconde complejos, miedos y vértigos que todos compartimos. En nombre de la libertad hoy somos esclavos de juicios, de apariencias, de pantallas, de silencios, de familias rotas, de personas sin identidad, de niños desconcertados, de mayores sin esperanza, de pobres olvidados, de mujeres desprestigiadas por la ideología, de hombres acusados por serlo, de matrimonios invisibles, de la información manoseada, de la tecnología dominante, de la avaricia obsesiva...y del corazón vacío. En nombre de la libertad nos hacen presos. ¿Libertad o libertinaje?

Y hoy, con la espalda vencida, las manos encadenadas, la voz perdida y los pies a rastras, venimos a reencontrarnos con el Dios que nos hizo libres. Queremos, en Él, ver restaurada nuestra dignidad, no una dignidad que nos hace mejores, superiores, fuertes, sino una dignidad que nos hace, nada más y nada menos, que hijos. Hijos de Aquel que nos regala una libertad real, total, serena, alegre. La libertad de no decidirlo todo, de no controlarlo todo, de no poseerlo todo. La libertad de sentirme el más pequeño en manos del más



grande. La libertad de obedecer confiando, de vivir entregado. Sacrificado, no sometido. Jesús nos enseña la libertad no de dar, sino de darse, no de ofrecer, sino de ofrecerse. Nos llama a vivir la inmensa y sobrecogedora libertad del que sirve, del que se pone el último, del que se calla a tiempo, del que pasa de puntillas, del que se decide a andar sobre las huellas que ya estaban en el camino. El Señor nos invita a ser libres de rodillas, descubriendo en el misterio de su cruz un horizonte infinito de esperanza. A mí no me oprimen los preceptos, me oprimen mis pecados. A mí no me encierran mis obligaciones, me encierran mis caprichos. No me ahoga la voluntad de Dios, me ahoga aferrarme vehementemente a la mía.

Tengamos hoy el valor de desafiar a la esclavitud que nos embelesa y nos seduce con sus falsos nombres, y decidámonos a vivir la libertad del que da la vida, del que no se guarda nada para sí, del que anda sin miedos, del que pide perdón sin vergüenza, del que perdona sin rencor, del que se reconcilia sin reproches, del que cede en la disputa, del que en los corrillos de los murmullos se muerde la lengua, del que en la humillación del indefenso da la cara. A esa libertad nos llama Cristo, a la de no acomodarnos a una fe de salón, a la del cansancio que a mi hermano descansa.

La Cuaresma es combate, reza el himno de la Liturgia de las Horas, por eso no es solo la cuaresma tiempo de ensayos, olores y liturgias tradicionales en casa, sino un tiempo de rescate, de desierto, de mirar hacia dentro para desprendernos de una vez de ese “Dios me quiere como soy” que anestesia mi corazón en esa peligrosa tentación de autoconvencernos de que Dios es conformista. ¿Pero qué Dios es ese? ¿A qué Dios seguimos? ¿A un Dios que tira la toalla y se resigna? Dios me quiere, como nadie, pero no como soy. ¿Cómo me va a querer Dios mentiroso, soberbio, orgulloso, iracundo, perezoso, impaciente, egoísta...? Muchos aquí seréis padres, y ¿queréis a vuestros hijos? Más que nadie. ¿Perdonáis a vuestros hijos? Más que nadie. ¿Esperáis a vuestros hijos? Más que nadie. ¿Amáis a vuestros hijos? Más que



nadie. Pero si os pregunto, ¿Exigís a vuestros hijos? También más que nadie, ¿verdad?. Pues por eso llamamos a Dios “Padre”. Porque nos ama, nos perdona, nos quiere, nos espera, pero también nos exige y no “me quiere como soy”, me quiere mejor. Siempre mejor. Por eso cuando quieras mucho a alguien y le quieras demostrar tu amistad y tu cariño, no tengas la brillante idea de decirle en un arrebatado de efusividad “¡no cambies nunca!”, porque muy lejos de ser un halago es lo peor que puedes desearle. El Señor nos llama a cambiar constantemente, a pulirnos, a moldearnos, a lijar las astillas que pinchan, a convertirnos en cada cosa, en cada actitud, en cada pensamiento, en cada palabra, en cada gesto, en cada reacción, en cada impulso...

Queridos hermanos, el inmovilismo también nos esclaviza, la inercia nos duerme, el conformismo nos paraliza. La verdadera libertad es la que hallamos cuando descubrimos que Él no cesa de pronunciar nuestro nombre, de darnos oportunidades, de salirnos al encuentro, de tirar de nuestro brazo. Ser libre es morir cada día y nacer de nuevo, reconocer su presencia en cada cosa, mirarme en el espejo de sus ojos. Hoy la Cuaresma traza una cruz en nuestra frente, hoy la ceniza nos recuerda lo que somos, hoy juntos nos ponemos en camino. Ahí fuera, que digan lo que quieran. Yo quiero hoy desprenderme de mis cadenas, de mis candados, de mis rejas, y volver a ver la luz de una libertad que no es más saber que Él va delante. Que lo que yo no entiendo, Él lo sabe. Que lo que yo no veo, Él lo ve. Que donde yo no llego, Él siempre llega.

Por eso mismo, desafiando a lo que venga, remando contracorriente, decididos, confiados, fuertes, seguros y firmes, hoy buscamos en Él nuestra verdadera libertad. Solo con Él, por Él y en Él, conseguiremos que en nuestras batallas, en nuestras luchas y en nuestros combates, logremos mantenernos firmes a la vera de su Cruz.

Que así sea.

Ignacio del Rey Molina, Pbro.



+

SOLEMNE QUINARIO AL STMO. CRISTO DE LA VERA+CRUZ
ALBAIDA DEL ALJARAFE – FEBRERO 2024

Tercer día

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Fervorosa, Ilustre, Seráfica y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Nuestra Madre y Señora de la Piedad. Hermanos todos en el Señor.

Continuamos avanzando por este quinario que llega a su ecuador y que no queremos que guste, sino que sirva. Un quinario en el que estamos intentando sumergirnos en el campo de batalla de nuestro corazón, de nuestros afectos, de nuestros sentimientos, de nuestro pecado, de nuestro espíritu... intentando mirar a los ojos, de frente, a algunos de los combates que dentro de nosotros se disputan el bien y el mal. Solamente reconociendo a nuestro enemigo, identificando sus armas seductoras para convertirnos en aliados y arrastrarnos a sus garras, podremos cargarnos de valor para luchar y derrotarlo.

El primer día contemplábamos el duelo entre la soberbia y la confianza, entre la autosuficiencia y el abandono. Ayer ahondábamos en el desafío entre la libertad y la esclavitud. Hoy, queridos hermanos, el pulso lo juegan la tristeza y la alegría. Ambas quieren abrirse hueco intentando insistentemente imperar en nosotros.

La tristeza, queridos hermanos, es seguramente una de las grandes enfermedades, por no decir la más extendida, de nuestro tiempo. Y, además, la tristeza es un estado salvajemente indomable. No hago referencia a una tristeza que nazca como consecuencia de un acontecimiento doloroso, de una



experiencia traumática o de un hecho concreto que requiera, de forma natural, una reacción de desgarró, de pena o de desolación. Cuando hablo de tristeza me refiero a un estado existencial de abatimiento, de desesperanza y de vacío. Algo que se propaga sigilosamente a una velocidad vertiginosa. Un sentimiento absorbente y envolvente, que nos va sumergiendo silenciosamente en una oscuridad desconocida y perturbadora porque, además, nada de esto responde a una causa. Es una tristeza huérfana de motivos, carente de explicación, que no responde a nada... a la que no sabemos poner origen. En cambio, nos va lentamente vaciando de motivaciones, de esperanzas, de certezas... al mismo tiempo que nos va cargando de quejas viciadas y de lamentos infundados que nos hacen caminar arrastrando los pies. En lugar de viviendo, parece que vivimos sobreviviendo. Acumulando días, gastando horas. Es una tristeza que, además, llega a nosotros disfrazada. Nos engatusa y nos embelesa revestida de una llamativa novedad. Y nosotros, noveleros por naturaleza, nos subimos a cualquier carro que nos saque de nuestras rutinas. Buscamos la alegría fuera de lo diario, y no está fuera, está dentro.

Es una tristeza anónima, sin nombre y apellidos pero pesada, muy pesada. Opresora, asfixiante y anárquica, pues quiere desordenadamente ir derribando todo lo que está en pie, cosa por cosa. Esa tristeza se va colando por las grietas de nuestra serenidad, de nuestras relaciones, de nuestros afectos, de nuestros compromisos, de nuestras obligaciones. Todo lo diluye, todo lo quiere desvanecer. También la fe. Es una tristeza que te impone la pereza, la apatía, la dejadez y, como no, la duda. Que tarda segundos en tumbar tus impulsos de hacer el bien, de levantarte, de salir. Una tristeza que anestesia tus sentidos, tus ilusiones, tus convicciones.

En este mundo, queridos hermanos, se propaga esta tristeza a escondidas. Sonreímos constantemente ante la cámara y lloramos, cada vez más tiempo, bajo la almohada. Los que pierden amigos y ganan seguidores, los que cambian una pantalla por unos ojos, los que han dejado de ser llamados por un



nombre para ser llamados por un número, los que reciben charlas motivacionales y cada vez se sienten más hundidos, los que picotean de la superstición, de la suerte, de las meditaciones importadas, de la autoayuda a la carta... y todo lo pretenden encajar a empujones con una fe que no entiende de nada de eso.... Esta tristeza, que solo reconocemos una vez que ya está sentada a la mesa comiendo de mi plato, tarda poco entrar y tarda mucho en salir.

En esta tarde, hermanos, en esta batalla, el Señor nos hace a voces una invitación a la alegría. A la alegría real, total, auténtica. A una alegría que no depende de nada superfluo o trivial. Una alegría sin fecha de caducidad. Libre de intereses, de letra pequeña, de condiciones, porque no depende del plan del fin de semana, ni de quien me acompaña, ni de quien me ha mirado mal, ni del mensaje que no me han contestado, no entiende de modas, de palmadas en la espalda y de sentimientos huecos arrolladores. Una alegría que no necesita fingir nada, que no es artificial ni plástica. Que no arrastra los pies. “¿Cómo estás?” te pregunta la gente cuando se cruza contigo. Y tú, sin pensarlo, sin pararte, sin detenerte un segundo, contestas mecánicamente: “Ahí vamos”, “no estamos mal...” Y seguramente no te pase nada. ¿Y por qué no contestas “bien”? “Vamos tirando”, “vamos, que no es poco” ... ¿Tirando de qué? ¿Qué te pasa? “No, es una forma de hablar...”. Si, una forma de hablar que te roba vilmente la oportunidad de decir “estoy bien”. Porque me sobran los motivos para estar agradecido, porque Dios no se cansa de perdonarme, porque me regala permanentemente signos de su presencia. Aquí queremos hallar la verdadera alegría, junto a esta Mesa. Dichosos y alegres vosotros, invitados a esta cena. Y estoy alegre porque no soy digno de que entre en mi casa, y entra. Mi alegría no es esquivar y evadir la cruz, es abrazarla. No es esconder mis caídas, es levantarme de ellas. No es ocultar mis lágrimas, es compartirlas. La alegría cristiana no está exenta de problemas, de decepciones, de sufrimientos, de traspies, de momentos amargos... pero es una alegría serena, fuerte, duradera. Porque no depende de espasmos eufóricos que hoy llegan para mañana



evaporarse, porque no está sujeta a estertores entusiastas que vienen y se van. Nuestra alegría es la de sabernos hijos, la de llamarlo Padre, la de no esperar nada de nadie, la de hacer de lo ordinario lo extraordinario, la de hallar la felicidad en lo de todos los días, la de encontrar el sentido de nuestras vidas en la suya. La alegría de asumirnos pequeños sin vivir en la presión angustiosa de querer ser grandes, o parecerlo. Nuestra alegría no está en venta, no se alquila, porque no tiene precio. Nos la entregó Cristo en el Bautismo y nosotros no podemos pervertirla mezclándola con las falsas alegrías que ofrece el mundo.

Detrás de esa puerta hay muchas sonrisas, pero cada una no esconde un corazón alegre. La alegría de los cristianos no se improvisa, no se sobreactúa, no se fuerza, es natural, viva, fresca y palpable. Y es sorprendentemente contagiosa. Si se contagia la crítica, la alegría también. Si se contagia la queja, la alegría también. Si se contagia la crispación, la tensión y la desconfianza, la alegría también. Venga lo que venga, nos echen lo que nos echen. Vivimos en la esperanza. Hoy sepultamos aquí junto al Altar nuestras tristezas infundadas, absurdas y pesarasas, y de sus manos enlazaradas recibimos el inmenso y sobrecogedor tesoro de la alegría. “Estad alegres, os lo repito, estad alegres.”, porque si “Él es mi Pastor, nada me falta”.

Ante la tentación de la tristeza, no te doblegues. Ante la seducción de la tristeza, no te rindas. Combate, lucha, levántate y anda. Hoy desafiando a la atracción envolvente y ruin de la tristeza, nos situamos de nuevo a la Vera de su Cruz, donde, conmovidos, solo podemos salir por esa puerta y repetir: “El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres”.

Que así sea.

Ignacio del Rey Molina, Pbro.



+

SOLEMNE QUINARIO AL STMO. CRISTO DE LA VERA+CRUZ
ALBAIDA DEL ALJARAFE – FEBRERO 2024

Cuarto día

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Fervorosa, Ilustre, Seráfica y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Nuestra Madre y Señora de la Piedad. Hermanos todos en el Señor.

La Real Academia de la Lengua Española define la palabra “batalla” como “agitación e inquietud interior del ánimo para la consecución de un fin”. Precisamente ese es el propósito que nos mueve en este quinario que alcanza ya su cuarto día. Estamos intentando cada tarde bucear en lo más profundo de los entresijos de nuestra vida. Identificando, reconociendo, localizando y enfrentando las disputas más duras que en nuestro corazón se baten en duelo, podremos ir venciendo cada lucha acercándonos, como aludía la definición, a nuestro fin: que la victoria de cada una de esas contiendas espirituales sea de Cristo.

La guerra constante entre la soberbia y la confianza la contemplábamos el primer día. Entre la autosuficiencia y el abandono. El segundo observábamos la cruzada entre la libertad y la esclavitud. Y ayer, intentamos adentrarnos en el conflicto en el que se retan la alegría y la tristeza. Hoy, queridos hermanos, vamos a intentar, con valor, ahondar en el enfrentamiento en el que chocan la tibieza y la fidelidad.

A priori, quizás puedan no parecernos términos evidentemente antagónicos o contrapuestos, como puedan ser el blanco y el negro, la luz y la



oscuridad, el calor y el frío. En cambio, vamos a intentar hoy detenernos en esta afrenta y zambullirnos en ella para comprender que esto no es solo cuestión de una llamada, sino también de una respuesta. Las sumas necesitan más de una cifra, las fracciones tienen dos partes, tampoco hay conversaciones de una sola voz. La Cuaresma nos invita a recomenzar el camino y el quinario nos ayuda a emprenderlo. ¿Qué quiere el Cristo de la Vera+Cruz, qué nos pide?

Hoy la tibieza se echa un mano a mano con la fidelidad, precisamente porque mientras la primera se empeña insistentemente en acomodarnos, la segunda hoy nos pide la valentía de dar un pasito más.

Vivimos quizás en la constante presión de autoconvencernos de que lo que no se ve no existe. De que aquello de lo que no se habla no está. Voy más allá, intentamos creernos que aquello que se oculta, se disuelve, que lo que tapamos, se evapora, en definitiva, que lo que escondemos, desaparece. Y sabemos que no es así.

Partamos sin miedo de la base de lo que somos. No de lo que los demás ven o de lo que intentamos que los demás vean, sino de lo que realmente somos. Con lo que nos enorgullece y con lo que nos avergüenza, con lo que nos hace reír y lo que nos hace llorar. Con todo lo que somos, la verdad de nuestra vida. Dicen que las heridas como mejor cicatrizan no es cubriéndolas, sino dejándolas al aire, a la intemperie. Mirándolas a los ojos, buscando en ellas el origen y el sentido del dolor que nos causan. Por eso para mirar a la cara a nuestra vida necesitamos valentía. Para no dejarnos arrastrar por el resentimiento, la nostalgia, el rencor, la cobardía... Es nuestra vida, son nuestras cosas, Dios no se va a asustar de nada. Él lo asume contigo. Y necesitamos esa valentía, entre otras cosas, para caer en la cuenta de que devolver mal por mal es sumergirnos silenciosamente en la muerte de un corazón que Dios creo para vivir. Que lo nuestro es poner una y otra vez la otra mejilla, aunque la partan mil veces.



Lo fácil y tentativo es devolver la crítica con crítica, la mentira con mentira, el desplante con desplante, la indiferencia con indiferencia, el egoísmo con egoísmo...eso es lo fácil, dejarnos caer por el precipicio del relativismo y del “ya cambiaré, pero después” o del “tengo que ser mejor, pero luego”, sin tomar conciencia de que quizás me esté dejando engatusar por la tormenta envolvente de una dinámica que va a más, y a más, y a más...de la que cada vez me será más difícil escapar. En todas las cuaresmas, cada vez que salen nuestras imágenes, en nuestra oración podemos repetir eso de “a partir de mañana...” para mañana repetir lo mismo. Me cargo de firmes propósitos que tristemente acabo convirtiendo en firmes despropósitos. Por eso necesitamos el coraje, para batallar el mal a fuerza de bien. Para ser capaces de poner verdad donde haya engaño, de sembrar prudencia donde haya prejuicios, de infundir sensatez donde haya frivolidad, de poner preocupación y ternura y donde haya frialdad, pasotismo e indiferencia... eso es lo nuestro. Por eso la Iglesia no solamente necesita cristianos creyentes, sino creyentes y creíbles, donde no exista divorcio entre lo que hacemos y lo que decimos, donde nadie tema por ser acribillado a puñaladas por las espaldas por los suyos al darse la vuelta, donde nadie ponga en duda nuestra lealtad, sincera y transparente. Por eso, necesitamos ser valientes, para no cansarnos de luchar por ello. Y necesitamos ser valientes para reconocer que no estamos aquí para cumplir con una costumbre, ni para lucir una medalla, ni para conservar una tradición. Estamos para colocar la verdad de nuestra vida en el interior del corazón de Cristo. Para ofrecerle nuestras manos, para que actúe por medio de ellas. Para ofrecerle nuestros ojos, para que mire por medio de ellos. Para ofrecerle nuestros oídos, para que escuche por medio de ellos. Para ofrecerle nuestros labios, para que hable por medio de ellos. Y para ofrecerle nuestro corazón, para que ame a los demás por medio de él. Si no, ¿qué hacemos aquí? ¿a qué hemos venido?

Si no nos mueve el fin de ser hoy mejores que ayer, de ser mañana mejores que hoy, de luchar sin descanso por una santidad a la que no nos ha cerrado la



puerta, porque no hay santo sin pasado ni pecador sin futuro... si a ella no vamos, si a ella no nos dirigimos, si a ella no aspiramos, ¿qué hacemos aquí?

El mundo necesita de nosotros un testimonio íntegro, firme, coherente, alegre, sereno, natural, convencido, porque ahí afuera, lo sepan o no, están sedientos de Dios. Y ya hemos agotado toda nuestra tibieza, ya no nos queda. Se ha agotado nuestra escala de grises, aquí no hay medias tintas posibles por más que nos empeñemos en diseñarnos una religión a la carta, una fe a la medida, arrancando de la Escritura las páginas que nos incomodan y que nos comprometen. Ya no más. O blanco, o negro. O todo o nada. O sí o no. No hay más opciones, o con él o sin él. Por eso tenemos que ser valientes y por eso necesitamos la fe. Pero no una fe de andar por casa, sino de salir a la calle. No una fe anestesiada por nuestra tibieza, sino rejuvenecida por nuestra fidelidad.

Porque la fe no es la excusa de los ignorantes, ni el recurso fácil de lo absurdo, ni la vía de escape de los ingenuos, ni el hobby de los irracionales, ni el refugio de los frikis, ni el consuelo de los necios, ni el parapeto de los que dudan, ni la trinchera de los cobardes. La Fe es la grandeza de los pequeños, la fuerza de los débiles, la vista de los ciegos, la aventura de los que buscan y la paz de los que encuentran.

No somos cristianos cuando entramos por esa puerta y lo dejamos de ser al salir, no somos prisioneros de un fervor que nos entra por el cuerpo cuando toca sacar la túnica, no soy cristiano por llevar una cruz en el cuello ni una estampa en la cartera. Lo soy porque me he encontrado con una persona, no con un mito. Porque lo he visto, no porque me lo han contado.

Ahí lo tienes, esperando a que dejemos la tibieza que nos anestesia y nos paraliza el alma. Él no se ha movido. Le hemos dado la espalda y ahí sigue, en pie. Lo hemos negado, ignorado, ofendido con nuestras idas y venidas, y ahí sigue, en pie. Lo hemos utilizado a nuestro antojo dejándolo caer en el olvido en las bonanzas y acudiendo desesperados a él en las urgencias, y ahí sigue, en



pie. Hemos sumado peso a su sus hombros con nuestra fe dormida, hemos multiplicado las espinas de su corona con nuestra oración intermitente y cicatera, hemos apretado sus potencias rasgándole las sienes con nuestra vida voluble y mediocre. Pero no se ha movido, nunca nadie nos será más fiel. Y ahora nos toca a nosotros, ya no hay más prórrogas, las hemos agotado. Ya no hay excusas, las hemos gastado. Hoy, no mañana. Aquí, no en otro lugar. Ahora, no en otro momento. Arroja tu tibieza, tirla a un sitio donde no la encuentres, mira al Altar, busca sus ojos. Si o no, suya ha sido la llamada, pero tuya es la respuesta. Recuerda que, por Piedad, nuestro sitio esta solo a la Vera de su Cruz.

Que así sea.

Ignacio del Rey Molina, Pbro.



+

SOLEMNE QUINARIO AL STMO. CRISTO DE LA VERA+CRUZ
ALBAIDA DEL ALJARAFE – FEBRERO 2024

Fernán-

Quinto día

Alcalde,

Sr. Hermano Mayor y Junta de Gobierno de esta Fervorosa, Ilustre, Seráfica y Antigua Hermandad y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de la Vera+Cruz y Nuestra Madre y Señora de la Piedad. Hermanos todos en el Señor. *Hdad Soledad, Hdad Sacramental, Hdad Recio, Pastoral, Parroquiales (caritas, salud y catequesis)*

Llegamos al final de nuestro Quinario. Hemos venido estos días intentando localizar, ubicar y profundizar en algunas de las luchas espirituales que pueden tensar nuestra vida cuando se disputa entre el bien y el mal, entre el sentido y el vacío, entre Dios y la nada. La soberbia y la confianza, la libertad y la esclavitud, la tristeza y la alegría, la tibieza y la fidelidad... estas han sido las cuatro contiendas que hemos puesto sobre la mesa para intentar mirarlas sin miedos, preguntarnos de parte de quién estamos, a que bando alimentamos y animamos con nuestra vida, y qué resultado perseguimos.

Hoy, mis queridos hermanos, toca reconocer que lo único que hemos hecho ha sido identificar estos combates espirituales, visualizarlos, asumirlos y adquirir el deseo de afrontarlos. Ahora viene lo importante, ahora toca salir al terreno de juego, remangarse. Dejar de ser espectadores y empezar a ser discípulos. Ahora, mañana, empieza el quinario. Ahora sí que hay que echarle valor. Abandonarse a su voluntad, buscar la libertad verdadera, mantener la alegría, ser fieles. Volver a colgar la medalla en el cabecero y el traje en la percha no puede traducirse en volver a subir mi fe al altillo donde se empolva y se gangrena. Hoy no llegamos a la meta, hoy estamos en el punto de partida. Dije el primer día que el fin del quinario no es que guste, es que sirva. Por eso, esto no puede quedarse aquí. Si he sido capaz de abrazar mis limitaciones, de situar



mis esclavitudes, de levantarme ante mi tristeza, de defender mi condición de hijo, de sepultar mi tibieza... todo eso no puede quedarse encerrado en estos muros. Ahora, queridos hermanos, viene la verdadera batalla. Toca aterrizar en nuestro día a día lo vivido. Donde nosotros vemos una vida desgastada por el pecado, herida por el sufrimiento y resquebrajada por la mediocridad, el Santísimo Cristo de la Vera+Cruz es capaz de ver siempre un corazón a tiempo, un hijo al que rescatar, un camino por enderezar, un desafío nuevo, una posibilidad real, un horizonte lleno de esperanza.

Por eso, más que las flores, la cera, la música, la solemnidad, la plata, las alfombras... hoy nuestros ojos tienen que fijarse en Él, solo en Él. Hoy, que está en la cima de su majestuoso Altar, en unas semanas que presidirá su impresionante paso, pero también en la soledad de agosto, en la rudeza de noviembre, en el frío de enero y en los cansancios de mayo. En la cercanía de su besapie, en la intimidad de sus cultos y también en el silencio de cada Sagrario donde su vida se esconde convertida en un trozo de Pan de Vida para ti. Ahí, en esos latidos que palpitan al compás de la tímida e inquieta llama roja que anuncia su presencia, es donde te espera tu Señor. Ya sabemos que los golpes de pecho, solo dejan al Señor con un pecho lleno de golpes.

Nos encanta repetir convencidos a los cofrades, me incluyo entre vosotros, esa afirmación algo viciada de “salimos a la calle para dar testimonio público de nuestra fe”. Y está muy bien, es verdad. Pero recuerda, cuando te quitas el antifaz y cuelgas la túnica, lo sigues dando. Incluso más. ¿Seis o siete horas dura tu testimonio de fe? ¿Y encima con la cara cubierta? El Señor hoy te recuerda que te necesita todos los días, que tu fe se juega en tus rutinas, con y sin túnica, en viernes y en martes, en marzo y en julio. De camino a tu trabajo, yendo a por el pan, en la cola de la farmacia, sonriendo aunque cueste, cuidando tu matrimonio, sacrificándote por tus hijos, defendiendo la paciencia con tus mayores, atendiendo a tus enfermos, escuchando a los solos, reforzando tu oración, conmoviéndote al comulgar, tomando conciencia de su perdón,



prolongando su presencia con tu vida, tendiendo la mano, abriendo los ojos, escondiendo la lengua, dando la cara. Ahí está el testimonio público de fe. Tu cofradía es tu vida. Tu Plaza de España es tu casa, Don Fadrique y Velarde es tu trabajo, la rotonda de la Cruz del Barrero son tus amigos, Blas Infante y Xto. De los Afligidos son tus conflictos, la Avda. de la Constitución son tus inquietudes, Cristo Rey son tus luchas, tu itinerario es tu vida, tu cirio es tu cruz, tu tramo es tu gente... Ahí, en lo pequeño, en lo de cada mañana, en cada detalle, en lo cotidiano, ahí nos la jugamos. Aquí quiere aterrizar el quinario. No dejes que caiga al vacío de tu memoria, no lo almacenes en el desván de tus recuerdos. Deja que dé frutos. No lo impidas. Recuerda que no estás aquí por ser un nombre en la nómina, una cuota en las cuentas, un nazareno en la calle, o un billete en la pedida, tú eres un desafío de Dios, un reflejo de la Paz, un instrumento del Señor, un hijo en camino, un hermano dispuesto, un soldado que lucha sin descanso por su Victoria. Por eso estás en sus filas. En pie, firme, fuerte.

Nos mira con ternura, nos toca con amor, nos abraza sin reservas. En el bullicio de su salida el Viernes Santo, y en la soledad de su Capilla cuando lo miras y nadie te ve, cuando le hablas y nadie te escucha. Ese es el Señor, el mismo. El que aprendiste de tu padres, el que preside tu dormitorio, el que ahora está despellejado en las estampas de tantas carteras, el que a esta mismo hora está con una gomilla enredado a un gotero junto a una cama de hospital, el de la medalla que preside la cuna del recién nacido, y el del mármol que custodia la última morada de quien ya descansa en el camposanto. En unos momentos, el milagro de la bondad y la belleza, el Hijo de Dios vivo, bajará del Cielo para entrar, una vez más en tu vida, para golpear una vez más con sus nudillos tu puerta. La mayor grandeza, el mayor tesoro, el redentor del mundo, acunado en la palma de tus manos, agrietadas y sucias, para hacer de ti, una custodia de amor. Lo más grande en lo más pequeño, en Redentor del mundo en tu manos. El mundo busca a Dios, y seguramente quiera encontrarlo en ti.



Volvemos a ser llamados, la misión continúa, el camino recomienza. El cronómetro está a cero.

No acaba el quinario, hoy empieza. El Señor no necesita adeptos, necesita testigos. El Señor no quiere simpatizantes, quiere seguidores. Hoy, aquí y ahora, se vuelve a abrir esa puerta, no hay colas blancas ni antifaces verdes, pero te toca a ti poner la cruz en la calle. No te escondas, da la cara. La batalla nos espera, si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros? Con María, que llena de Piedad tu vida y la mía, solamente podemos permanecer a la Vera de su Cruz.

Que así sea.

Ignacio del Rey Molina, Pbro.